

TERESIO BOSCO

## Una vida para los jóvenes

### PRESENTACIÓN

*Tal vez pocos hayan oído hablar de Ludovico Pavoni y, sin embargo, en la historia religiosa y social del siglo XIX, es alguien que destaca entre otros quizá más conocidos.*

*¿Quién era? ¿Qué hizo? ¿Por qué le seguimos recordando? A éstas, y a otras preguntas quiere responder de forma concreta y sencilla esta biografía.*

*En las siguientes páginas se nos presenta la figura atractiva de un hombre que tuvo el valor de darse, totalmente y para siempre, a Dios y a los más necesitados. Y las reeditamos precisamente ahora que la Iglesia ha proclamado beato a Ludovico Pavoni, para expresar que su vida y su obra pueden ser propuestos para todos como ideal de vida.*

*Ludovico Pavoni es un santo que vivió personal y apasionadamente los problemas más dolorosos de su tiempo, dándose a los demás sin reservas.*

*Por esto, la vida de Ludovico Pavoni puede ser hoy un ejemplo válido, especialmente para los jóvenes y para todos aquéllos que buscan la forma de dar sentido a su propia vida sirviendo a los más necesitados.*

## UNA VIDA PARA LOS JÓVENES

### Un general llamado Napoleón

Un muchacho pálido, de catorce años, sube las escaleras de una casa de las afueras de Brescia. Lleva bajo el brazo un montón de libros. Llama a la puerta y susurra su nombre al criado. Entra en la silenciosa penumbra de una pequeña habitación. Se inclina para besar la mano de un hombre austero que le espera inmerso en la lectura de un gran libro de amplios márgenes blancos. Se sienta junto a la mesa.

El hombre austero, de frente alta y de ojos inquietos, es el p. Domingo Ferrari, dominico y profesor de filosofía. El Gobierno Provisional del Soberano Pueblo Bresciano, ha confiscado su convento, por lo que ha tenido que buscarse una casa en las afueras de la ciudad.

El muchacho de 14 años se llama Ludovico Pavoni. Cada mañana va a casa de su profesor para continuar sus estudios.

Corren los últimos meses del ajetreado 1789. En un pueblo llamado Senigallia, vive un niño de 6 años llamado Juan Mastai Ferreti. Juega despreocupado, sin saber que algún día le llamarán a Roma como sucesor de San Pedro con el nombre de Pío IX.

En Turín, Carlos Alberto (el futuro rey de Piamonte y Cerdeña) duerme aún en la cuna. En estos últimos días de 1789, Italia está siendo dominada por un joven general de 29 años: Napoleón Bonaparte. Ha llegado a la llanura padana al mando del ejército francés. Sus soldados hablan de fraternidad, igualdad y libertad, encendiendo el entusiasmo entre los más jóvenes. Pero Napoleón está preocupado: persigue un destino luminoso y sangriento que, en breve tiempo, lo llevará a ceñir la corona imperial, a ganar batallas colosales y a un rápido eclipse en una isla abandonada del Atlántico.

### **Un raro escudo nobiliario**

En este tiempo, bajo el acoso de las nuevas fuerzas populares, la nobleza va a conocer su decadencia. Ese muchacho pálido de 14 años, ha nacido en una familia de la alta nobleza. La madre, Lelia, pertenece a la ilustre casa de los Poncarali, que posee un palacio en la calle Magenta. El padre es el noble Alejandro Pavoni, dueño de vastas posesiones y de una hermosa casa solariega en Alfianello. Su árbol genealógico se remonta a 1350.

Ya desde su cuna, Ludovico pudo conocer los diversos detalles del escudo nobiliario de su familia: dos barcas de remos plateadas sobre un fondo azul; dos leones rojos rampantes que resaltan sobre el fondo y, en el centro, un pavo real, con la cola abierta en abanico.

Dos días después de su nacimiento, el 13 de septiembre de 1748, fue bautizado y, como exigía su rango, le impusieron cuatro nombres: Ludovico, Tomás, María y José. En ese momento nadie podía imaginar que, en pocos años, la nobleza que subrayaban los cuatro nombres, el escudo nobiliario y las vastas posesiones que garantizaban el bienestar de la familia Pavoni, desaparecerían.

Sin embargo, la verdadera nobleza de la familia permanecerá por siempre gracias a este niño que, renunciando a todo, se convertirá en padre de los huérfanos y amigo de los pobres.

### **Dos palabras que no se susurran..., se gritan**

En 1789 estalla en París la Revolución Francesa. El ambiente está saturado de novedades y de expectación. A pesar de la distancia de la capital francesa, el rumor de que algo está cambiando en el mundo llega hasta Italia: se derrumban los privilegios feudales, las palabras 'libertad' e 'igualdad', ya no se susurran, se gritan.

La provincia de Brescia no cuenta con más de 331.000 habitantes, pero su vida industrial es muy floreciente: 53 hilanderías, 10 fábricas de papel, 1128 molinos, 2695 telares, 268 fraguas, 23 armerías, 42 tintorerías...

Además, la riqueza de la ciudad no se fundamenta sólo en la industria; de los valles cercanos y de la fértil y bien cultivada llanura que se extiende hacia el sur, llegan los ricos productos de una floreciente agricultura.

En 1792, Ludovico cuenta sólo con ocho años cuando la nobleza, bajo la oleada de entusiasmo que produjo la Revolución Francesa, recibe el primer golpe: se constituye el 'Partido Republicano Democrático', que consigue que los cargos de alcalde y de jefe administrativo, no estén reservados a la nobleza, sino al alcance de todos los ciudadanos.

### **Ayudando a los pobres**

Como sucede siempre, es más fácil hablar de igualdad que ayudar a los pobres a mejorar su condición de vida.

Ludovico, joven sensible e inquieto, oye las discusiones sobre la abolición de los privilegios y el despertar de una nueva justicia, y pasa enseguida a la acción: regala sus camisas, a los pobres harapientos que encuentra por la calle. Dejando a un lado el escudo que adorna su palacio, entra en las fábricas, trabaja en ellas, se mezcla con los obreros. Comienza a comprender, porque así lo vive él, que el cansancio embrutece a esas personas que realizan doce y hasta catorce horas seguidas de trabajo, entre calderas de hierro hirviendo o en el estrépito de los telares. Sin embargo, la fuerza para ayudar a los pobres y a los trabajadores no la encuentra en las discusiones revolucionarias, sino en la iglesia de San Lorenzo donde cada mañana participa de la Eucaristía en la que Cristo da su vida por los hombres y nos da vigor para seguirle.

Quien conoce a Ludovico, ve en él un muchacho robusto. Los que hablan con él, descubren un carácter firme y una gran voluntad: un muchacho que ya sabe con claridad lo que quiere en la vida.

### **Treinta y nueve conspiradores en el palacio Poncarali**

Desde el lejano 1426, Brescia era fiel súbdito de la República Veneciana, pero en 1796, las tropas francesas guiadas por Napoleón, persiguen a los austriacos que huyen por la llanura padana, y llegan a las puertas de la ciudad. El batallón veneciano las cierra, pero los soldados franceses asaltan de la ciudad y la invaden pacíficamente: cantan, beben y hablan alegremente con todos los que se encuentran.

En una luminosa mañana de mayo, Napoleón entra en Brescia. Preceden a su carroza soldados a caballo y el Estado Mayor con el uniforme de la victoria.

En las encrucijadas de las calles se pregona un bando: *“El resto enemigo del ejército austriaco se ha retirado al otro lado del río Mincio. El ejército francés le persigue por el territorio de la República de Venecia. Religión, gobierno y buenas costumbres serán respetados... El soldado francés es cruel solamente con el enemigo de su libertad y de su gobierno”*.

Pocos días después, los hechos hablarán de forma diferente: la catedral se convierte en almacén de heno para los caballos del ejército francés; el convento de San Francisco se convierte en panadería para las tropas; mil soldados ocupan el seminario mayor; el ejército confisca los monasterios de Santo Domingo, San Alejandro y San Faustino.

Precisamente, en este momento en que se proclaman la libertad y la igualdad, Brescia vive febrilmente su pasión por la independencia. En la noche del 17 de marzo del 1797, 39 conspiradores se reúnen en el palacio Poncarali, donde había nacido la madre de Ludovico, y firman una proclama apasionada y romántica: *“Juramos vivir libres o morir”*. A la mañana siguiente asaltan el palacio del Broletto, residencia del capitán veneciano, e izan la bandera tricolor.

Las tropas venecianas se retiran sin combatir. En Brescia se proclama el Gobierno Provisional del Soberano Pueblo Bresciano.

En el entusiasmo del momento se mezclan, como suele suceder, decisiones audaces y muy justas, y violencias injustificables destinadas a levantar al pueblo contra el gobierno.

El nuevo Gobierno Provisional procede a la abolición de los feudos, organiza la milicia ciudadana, funda una universidad... Por otra parte, este mismo Gobierno malgasta grandes cantidades de dinero del pueblo, suprime las escuelas de beneficencia de los benedictinos y los dominicos y apaga también, de forma sangrienta, la revuelta de los campesinos de los valles que se declaran fieles a la República de Venecia.

### **El deporte favorito de la época: la caza**

Poco a poco, los franceses, que se proclamaban protectores del gobierno bresciano, se convierten en amos de la ciudad. Cierran el seminario, instauran el matrimonio civil, mandan al obispo al exilio y transforman su palacio en sede de la junta militar; imponen tasas elevadas a la población y a finales de 1798 reclutan 9000 jóvenes, de 18 a 26 años, para vestir el uniforme del ejército de Napoleón y luchar contra los soldados austriacos. Este es el momento en que Ludovico Pavoni subía cada día las escaleras de una casa de las afueras de la ciudad para asistir a las lecciones del p. Domingo Ferrari.

La familia de Ludovico pasa algunas temporadas en Alfianello. A Ludovico le apasiona el deporte favorito de los nobles de entonces: la caza. Escopeta, perro, redes,

servidores que limpian sus botas y cocineros que preparan la caza sobre las brasas. Ludovico disfruta.

Por este camino, su ideal cristiano no habría llegado muy lejos. Afortunadamente además de la caza surgen en Ludovico otras preocupaciones: pasa su tiempo en compañía de los campesinos de su edad, enseñándoles a leer y a escribir; estudia con ellos el catecismo y les ayuda en todo lo que puede.

Probablemente la idea de consagrarse totalmente al Señor y a sus hermanos más pobres, surge de la convivencia con estos muchachos. Será sacerdote, sin blasón ni herederos a quienes dejar sus títulos ilustres, pero con muchos hermanos por los que desvivirse cada día.

Pensando en estas cosas abandona sin titubeos la caza y pasa las horas dedicado al estudio, a la vez que enseña a sus amigos campesinos lo que él aprende con dificultad y esfuerzo.

### **Un hermano que juega a la guerra**

El 21 de abril de 1799, mientras Napoleón está en Egipto, los austro-rusos invaden Italia y entran otra vez en Brescia. Desde Torrelunga, sobre los pequeños caballos de la estepa, los cosacos entran en la ciudad. Portan barbas espesas y picas amenazadoras: una vez más comienzan las rapiñas.

Napoleón retorna, derrota a los austriacos en Marengo y, el 21 de diciembre de 1801, entra de nuevo en Brescia. Desde el palacio del gobierno proclama a la ciudad: "*Vuestro suelo es fértil y rico; podéis mantener a un ejército de 60.000 hombres*". Las autoridades locales se ven obligadas a entregarle dos millones de liras que obtienen imponiendo nuevos impuestos a la población.

La víspera del día de la Inmaculada de 1803, en esta atmósfera de guerra y de violencia, Ludovico Pavoni viste la sotana. Tiene 19 años. Dos años más tarde, el Señor le envía una gran prueba: la muerte de su padre. Los disgustos de su segundo hijo, Juan, le han llevado a la tumba. Este joven es la mayor preocupación de la familia. Embebido por las ideas del tiempo, le gusta meterse en asuntos revolucionarios, pero no tiene ni capacidades ni voluntad para ponerlas en práctica. Derrocha un montón de dinero, contrae deudas que la familia tiene que pagar, y pasa las noches en tabernas entre discusiones acaloradas y botellas de vino.

Ha dejado también de ser un buen cristiano y se ha casado, aún siendo muy joven, sin que lo sepan sus padres. Ahora vive en la casa paterna como si fuera un extraño.

### **Imposición de manos del obispo**

Mientras tanto, la guerra sin fin comienza a sembrar la miseria incluso en las tierras brescianas. Por las calles de la ciudad se ven, cada vez con más frecuencia, familias enteras de campesinos que piden limosna. Como no pueden sobrevivir en el campo, prueban la última solución: mendigar por las calles de la ciudad.

Falta poco para la ordenación sacerdotal de Ludovico. Le parece absurdo vivir en la abundancia mientras a su alrededor reina la pobreza. Un año antes de su ordenación, decide renunciar a todo lo superfluo, a las comodidades propias de su rango y a todo lo que fuera necesario. Una buena preparación para ser sacerdote.

Es 21 de febrero de 1807. La clase culta de la ciudad vive con ferviente expectación un gran acontecimiento intelectual: el editor Bettoni está imprimiendo el poema "*Los sepulcros*", escrito por Hugo Fóscolo. En los salones se recitan sus versos, se habla con entusiasmo del joven poeta. Poquísimos notan otro acontecimiento que está teniendo lugar en la iglesia de San Pedro in Oliveto, situada junto al convento de los

carmelitas: un hombre muy joven, vestido con alba blanca, se arrodilla ante el altar. A su alrededor algunos sacerdotes y amigos recitan con el obispo las letanías de los santos; invocan a los grandes creyentes del pasado: Pedro, Pablo, Benito, Francisco... para que intercedan por Ludovico, que va a ser ordenado sacerdote.

Más tarde, el obispo impone sus manos sobre la cabeza del joven e invoca al Espíritu Santo. Ludovico es sacerdote.

Las manos que ahora han sido ungidas con óleo consagrado no forjarán el hierro en las fraguas de la ciudad, ni abrirán surcos en los campos, sino que estrecharán las manos de los muchachos solos y abandonados para acompañarles por el camino de la alegría y de la bondad.

### **Una nota de tristeza en la fiesta**

Ludovico está celebrando su primera misa. Mientras se vuelve hacia los presentes para darles su primer saludo sacerdotal, nota con emoción que están presentes su madre, sus hermanas Paulina y Camila, el párroco de Alfianello, sus amigos... pero no ve por ninguna parte a su hermano Juan. Su ausencia pone una nota de tristeza en esta fiesta íntima.

El hombre que ha impuesto las manos sobre la cabeza de Ludovico se llama Juan Pablo Dolfín, y es obispo de Bérgamo. Brescia está sin obispo desde hace diez años.

Años antes, en 1797, Napoleón había desterrado a monseñor Nani, que una vez muerto, es sucedido por monseñor Gabriel María Nava, abate de San Ambrosio de Milán, el 17 de enero de 1808. Nieva. Brescia se prepara para recibir a su obispo, pero monseñor Nava, que no quiere suntuosidad, ha llegado inesperadamente el día anterior y ahora espera a sus fieles en la catedral.

Entre los millares de personas que miran hacia el altar para poder ver al nuevo obispo, un hombre imponente de 49 años y dignidad principesca, está el joven Ludovico. No sabe aún que gran parte de su vida estará marcada por este hombre, que durante más de veinte años hará renacer en Brescia la caridad incansable de los primeros apóstoles.

### **Un libro que orienta una vida**

Un día don Ludovico recibe un libro de Schedoni, *‘Sobre las influencias morales’*. A través de sus páginas, el autor buscaba la causa de que, en esos tiempos, los jóvenes provenientes de familias pobres se dieran fácilmente a una vida indisciplinada y turbulenta y frecuentemente terminaran cometiendo delitos.

Según el autor, éstas eran: la imposibilidad de asistir a la escuela por tener que trabajar; el trabajo con adultos corrompidos que entablaban conversaciones obscenas y despreciaban la religión; el frecuentar, en el poco tiempo libre de que disponían, compañías que les llevaban por el camino del delito, el vicio y la deshonestidad... El autor concluye que la única forma de salvar a estos muchachos es abrir escuelas donde puedan aprender gratuitamente un oficio y recibir una buena educación.

Don Ludovico queda impresionado por la realidad tan evidente que encierran estas afirmaciones y decide dedicarse a la juventud pobre y abandonada. No sabe aún cómo lo hará, pero está decidido a seguir este camino: instruir a los jóvenes y enseñarles un oficio para hacer de ellos trabajadores honrados y buenos cristianos. Poco tiempo después escribirá utilizando el lenguaje de su tiempo: *“estos fueron los dulces atractivos con los que el Señor quiso llamarme de la tranquila estancia de mi casa paterna y desear la voluntaria oblación de todo mi ser por el bien de los más necesitados”*.

Hay otro sacerdote bresciano que está haciendo algo parecido. Se llama p. Pedro Guzzetti, y desde hace ocho años acoge a unos veinte muchachos pobres en el pasillo que lleva a su habitación. Pero el número ha aumentado y el sacerdote ha trasladado su pequeña tropa a la ciudad y los aloja como y donde puede...

Con la ayuda de otros sacerdotes, se han abierto otros cuatro centros parroquiales. Don Ludovico, cuando tiene un rato libre, va a echar una mano en el centro parroquial de San Luis.

### **En busca de los olvidados**

El 11 de noviembre de 1809 es uno de los días más tristes de la vida de don Ludovico: muere su madre. Hasta el último día ha vivido asediada por las deudas de Juan, aunque la dulzura de Ludovico y la bondad de sus hijas han sido su consuelo.

En adelante su única familia serán los muchachos pobres y abandonados. Ludovico ya puede con los antiguos profetas: *“Tú eres mi padre, mi madre, mi única heredad”*.

Decide entonces fundar su propio centro parroquial, donde recogerá a los muchachos que nadie quiere: los más pobres, los más indisciplinados, los más despreciados. Será el padre de los olvidados.

En la calle Moretto hay una iglesia dedicada a Santa Úrsula y un poco de espacio libre. Aquí reúne a sus muchachos. Un contemporáneo cuenta: *“Era un grupo de muchachos que no conocía ni maestro ni disciplina... pero daba gusto verles cómo estaban junto a Pavoni, pendientes de sus labios y obedeciéndole alegremente”*.

Sin embargo, don Ludovico no se conforma con los que llaman a su puerta. Va en busca de los más solos, por las calles y en las plazas; los atrae con su sonrisa y con alguna que otra limosna. Casi todos tenían una mirada astuta, ojos inquietos y estaban descalzos y mal vestidos. Le seguían por curiosidad, por simpatía, por agradecimiento...

Mientras don Ludovico da forma a su primer centro parroquial, monseñor Nava busca la manera de reorganizar la diócesis. Veintiocho parroquias no tienen párroco, y escasean los sacerdotes. De las 107 casas religiosas existentes en la diócesis de Brescia, 100 han sido suprimidas por las autoridades políticas. De las siete que sobreviven, solamente dos son escuelas y centros educativos para la juventud.

El obispo pone todo su interés en el seminario, donde se formará la nueva generación de sacerdotes. Quiere que sean instruidos y, a la vez, humildes, y aunque no provengan de familia noble, muestren nobleza en su comportamiento.

### **Bajo la dirección de un gran obispo**

El 25 de abril de 1810, un nuevo decreto de Napoleón suprime todas las órdenes religiosas, excepto las dedicadas a la educación y las Hijas de la Caridad. Los religiosos y las religiosas tienen que dejar el hábito y volver a sus lugares de origen. De esta forma las casas religiosas de Brescia quedan vacías. Es un momento muy duro.

Monseñor Nava se preocupa de modo especial del seminario, que es ahora su única esperanza. Para la formación de los seminaristas elige a los mejores profesores que encuentra en la diócesis: el p. Domingo Ferrari, que había sido maestro de Ludovico, es nombrado profesor de teología dogmática.

En sus años jóvenes también monseñor Nava se había dedicado a los centros parroquiales para muchachos. Sus ojos se fijan ahora en don Ludovico, de quien se comienza a hablar como ‘el cura de los chicos pobres’. Habló con él y descubrió sus buenas cualidades, rogándole que fuera su secretario, sin dejar su obra en favor de los muchachos abandonados. Don Ludovico acepta. Durante seis años, desde 1812 hasta 1818, vivirá bajo la dirección de este gran obispo aprendiendo de él a trabajar día tras

día en la construcción del Reino de Dios.

Sus chicos no pierden nada, al contrario, el obispo mismo le exhorta a que se ocupe de ellos en sus ratos libres: *“ve a ellos también en tiempos calamitosos; llama a los infelices, reúne a los más necesitados; sálvalos”*.

El centro parroquial de San Luis se convierte en el lugar donde se reúnen una multitud de chicos que *“se avergüenzan de presentarse andrajosos y sucios”*. No se conforma con hacerles jugar y rezar. Durante la semana va a visitar a los enfermos y busca puestos de trabajo a los que viven en situaciones de riesgo.

### **Un horario rígido que multiplica el tiempo**

En la casa del obispo, don Ludovico seguía el rígido horario que monseñor Nava se había impuesto; el obispo se levantaba a las cinco y media de la mañana. Inmediatamente abría sus puertas para ponerse a disposición de quien quisiera hablar con él. Iba después a la capilla mientras esperaba a los demás. Terminada la misa, pasaba unos minutos en meditación con sus seminaristas. A continuación desayunaba en compañía de su secretario.

Obispo y secretario, después de haber rezado la primera parte del Oficio Divino, iniciaban en su despacho una jornada de intenso trabajo entre papeles y visitas. A la una, la segunda parte del Oficio Divino y la lectura espiritual. A continuación la comida.

El trabajo continuaba después hasta el atardecer y se concluía con la lectura de la tercera parte del Oficio Divino. Un breve paseo hasta el seminario, para charlar un rato con los seminaristas, y hacia las ocho regresaban al obispado.

A esas horas, mientras en los hogares de la ciudad se preparaba la cena, el obispo y su secretario se entretenían charlando animadamente de temas culturales. El trabajo no permitía a monseñor Nava leer muchos libros y, con estas conversaciones, procuraba ponerse al día de la situación actual. A las ocho de la tarde se reunían en su casa profesores y maestros, y durante una hora charlaban y ponían al corriente al obispo y a su secretario de todas las novedades culturales.

A las nueve en punto cesaban las conversaciones. Ludovico acompañaba al obispo a su habitación, recibía la bendición y se retiraba.

Este es el rígido horario que, a pesar de todo, permitía a monseñor Nava ocuparse de todos sus asuntos.

### **Otra vez el huracán sobre Europa**

Mientras tanto la historia de Europa corría velozmente. Napoleón, a la cabeza del mayor ejército de todos los tiempos, había invadido Rusia; pero con el frío y el cruel invierno de Moscú, llegó la derrota y la desastrosa retirada. Napoleón ve morir a seiscientos mil hombres, entre ellos muchos italianos y no pocos brescianos. Del 16 al 19 de octubre, en la llanura de Lipsia, tiene lugar la grandiosa batalla que pone límites al Gran Imperio Francés.

Una vez más, cruzando los Alpes a través del río Isonzo, penetran por la llanura padana austriacos, alemanes, croatas... Todos dicen que vienen a salvar a Italia, pero, como todos los libertadores, llegan sin ser llamados y se recompensan a sí mismos arrasando campos y ciudades.

Los ‘Batallones de la Guardia’, fieles a Napoleón y al Reino Itálico, se baten en la última resistencia sobre el lago Garda y el río Mincio. Casi todos los soldados son brescianos. Cuando comprenden que todo se ha perdido y, habiendo jurado antes que no abandonarían las banderas, las queman en una gran hoguera y mezclan las cenizas con la última cena.

En otoño de 1814 se establece en Brescia el Gobierno Austriaco. Europa está cansada, llena de ruinas y de huérfanos. La gente que durante años y años ha gritado ‘libertad’, ahora busca solo la paz...

Monseñor Nava estudia con su secretario un amplio programa de visitas pastorales a las parroquias de la diócesis. Es necesario que llegue, lo antes posible a los pueblos saqueados por la guerra y despoblados por las levadas que se llevan a los jóvenes a morir en los campos de batalla, quien pueda ofrecer palabras de consuelo, enjugar lágrimas, infundir esperanza y amor a la vida.

### **Recorriendo la diócesis**

Durante los años 1815 y 1816, obispo y secretario viajan por toda la diócesis, recorriendo caminos pedregosos y polvorientos, por montañas y llanuras, tratando de llegar hasta las más lejanas aldeas.

La gente sale a su encuentro. El saludo es humilde pero sincero y conmovedor como los que han salido a recibirles: son campesinos que levantan sus manos endurecidas por el duro trabajo.

Cuando se acercan al pueblo, los notables del lugar salen a su encuentro montados a caballo. Apenas el centinela divisa el carruaje donde viajan, cohetes y tracas anuncian su llegada. La banda municipal, con bombo y platillo, entona la marcha triunfal mientras las campanas al vuelo, repican sin cesar. Los mozos acercándose al obispo, le llevan bajo palio para entrar en el pueblo bendiciendo a todos. A ambos lados del camino, los niños, llenos de alegría, agitan continuamente banderitas multicolores, mientras que sus padres, detrás de ellos, aupán en hombros a los más pequeños para que vean bien al señor obispo.

A las puertas de la Iglesia, el párroco le da la bienvenida con un discurso en latín, que pocos entienden pero que a todos gusta. A continuación, el obispo dirige unas palabras de cariño y amistad a los fieles que llenan la Iglesia, y luego despide a todos. Al día siguiente, todo está preparado para la gran fiesta: la gente se pone el traje nuevo para ir a Misa Mayor. El obispo da la comunión a centenares de personas, administra la confirmación y pronuncia un largo y sencillo sermón que constituye el punto central de la fiesta.

A la hora de comer, se reúnen todos los párrocos de los alrededores, y de esta forma el obispo puede charlar un poco con cada uno. Después de comer va a ver a los enfermos, y al atardecer despide a todos hasta la próxima visita.

### **Cabalgando en una mula**

En su recorrido por la diócesis no faltaron momentos imprevistos, casi siempre difíciles.

Ojeando algunas páginas del diario de aquellas visitas leemos: *“mientras se dirigían a Farfengo, el camino entre dos barrancos era tan peligroso que tuvo que recorrerlo a pie. Llovía, mas él seguía adelante. Don Ludovico le resguardó de la lluvia con un paraguas, hasta que la gente vino a recibirles con el palio. Pese a todo, entró en la Iglesia y, después del canto del ‘Veni Creator’, pronunció un sermón tan conmovedor que muchos de los presentes no pudieron contener las lágrimas.”*

*“En Castrezzato, la gente es tan entusiasta y numerosa que invadió la Iglesia entrando por la sacristía, obligando al obispo a interrumpir las confirmaciones. Don Ludovico, discreto y atento, ayudó a su obispo a poner orden...”*

En el mes de abril de 1816, mientras monseñor Nava visita Travagliato y Ospitaletto, el diario nos dice: *“se notan ya las consecuencias de la mala cosecha. Los pobres aumentan. El obispo y su secretario ayudan generosamente a los más*

necesitados... *El año 1816 se presenta difícil*". Algunos días después: *"ahora el obispo se dispone a subir hasta Serle, situado en la colina. Catorce personas, entre curas y seglares, le preceden sobre mulas; al llegar a un cierto punto, también su Excelencia tiene que cabalgar en mula por un camino áspero con peñas a cada paso. La acogida de la gente es magnífica: discurso del párroco en latín, cohetes y música"*.

Durante este período don Ludovico conoce a los sacerdotes de la diócesis de Brescia: humildes, puede que sin gran formación, pero trabajadores infatigables y de una fe transparente. Quieren verdaderamente a su pueblo y sus iglesias se llenan de gente que cree y reza de verdad.

### **Dos cambios de casa**

Al regresar a Brescia, don Ludovico debe afrontar un gran problema: el ayuntamiento ha decidido vender la casa y el patio donde tiene su centro parroquial. Es necesario marcharse, pero ¿a dónde? Monseñor Nava le ve apurado, le pregunta el motivo y le dice: *"no te preocupes; encontraremos una solución para tus muchachos"*.

Algunos días después le comunica que la Iglesia de Santiago está a su disposición. Los brescianos verán a don Ludovico, seguido por una fila interminable de muchachos, atravesando las calles y plazas de la ciudad, en dirección a la nueva sede del centro parroquial.

Pero el número de los chicos crece notablemente. En poco tiempo, los locales de la iglesia son insuficientes: falta sitio para correr y jugar. Don Ludovico habla con el obispo. Monseñor Nava comprende la situación y, unos días después, los jóvenes de don Ludovico cambian de casa por segunda vez. Ahora se dirigen hacia la iglesia de Santa María de Pasión. Aquí dispone de un espacio donde los muchachos podrán dar rienda suelta a sus ímpetus juveniles.

Son ya doscientos en el centro parroquial.

### **Los pobres invaden Brescia**

Son los últimos meses de 1816 y la escasez vivida en primavera se desata rabiosamente en toda la ciudad. Por la falta de lluvia, el trigo no ha madurado a tiempo. La falta de brazos, por los muchos jóvenes que habían muerto en las guerras contra Napoleón, ha mermado el terreno cultivado. En los campos se produce un éxodo bíblico: filas interminables de gente hambrienta y desarrapada abandonan sus hogares; de los valles llegan a la ciudad familias enteras que viven en las calles y tienden la mano pidiendo limosna.

También la industria sufre las consecuencias: ha dejado de existir el ejército de Napoleón que compraba cantidades enormes de tela para hacer uniformes a los soldados; los mercados de armas, fábricas y comercios cierran sus puertas.

Obreros y labradores se ven también acosados por el hambre.

Durante este período, don Ludovico se sacrificó, privándose hasta de lo más necesario, para poder dar algo que comer a sus muchachos. Mons. Nava abrió hospitales en los valles y en la ciudad. Con este fin vendió incluso la cruz pectoral de oro y solicitó ayuda a todos sus amigos.

Sin embargo, la obra del obispo se vio obstaculizada por la dominación austriaca, burócrata y siempre suspicaz: se necesitaba permiso del gobernador para predicar y también para abrir un nuevo centro parroquial. Las autoridades llegaron incluso a establecer el horario del seminario. Para muchos, esta situación era una carga insostenible de la que era preciso librarse cuanto antes.

De esta forma nacieron en Italia los primeros grupos de 'carbonarios' que comenzaron a conjurar contra el gobierno austriaco.

### **Una cruz y un salario**

En 1817 muere el p. Guzzeti, que había abierto cuatro centros parroquiales en Brescia. Su principal centro, San Bernabé, corre el riesgo de ser cerrado. Monseñor Nava que durante esos años ha conocido el espíritu de fe y la laboriosidad de don Ludovico, piensa en elegirle rector de San Bernabé. También ha quedado vacante un puesto de canónigo de la catedral; es un puesto que da derecho a un salario de 1.381 liras al año; pero para elegir a un canónigo, también es necesaria la aprobación del gobierno austriaco. Monseñor Nava solicita el permiso y, el día 14 de febrero de 1818, don Ludovico Pavoni cesa en su cargo de secretario del obispo, pasando a ser canónigo de la catedral y rector del centro parroquial de San Bernabé.

Es triste pensar lo que era un canónigo en aquellos tiempos: tenía que ser de familia noble y, para estar a la altura de su cargo, debía tener a su servicio carrozas y criados. Cristo había dicho a los que querían seguirle: *“Sabed que el Hijo del Hombre no tiene ni dónde reclinar la cabeza”*. Sin embargo en aquellos tiempos se decía: *“si llegas a canónigo recibirás un buen sueldo, tendrás carrozas y criados y llevarás al pecho una cruz de oro como signo de distinción”*.

Don Ludovico aceptó el salario para sus muchachos. La cruz la regalará a cambio de 100 liras para comprar pan a sus chiquillos huérfanos. Había aceptado el cargo de canónigo, pero no había dejado de ser un auténtico seguidor de Cristo...

### **Un amigo en la ciudad**

Es de noche. Tras doce horas de trabajo en la fábrica, un grupo de muchachos se dirige al centro parroquial del canónigo Pavoni. Se sienten felices de su compañía. Es un amigo con el que siempre pueden contar. Pueden jugar alocadamente; él les asiste, sonríe y admira sus proezas de chiquillos; pueden cantar y él mismo se une a su alegría cantando feliz como un chiquillo. Después le acompañan a la iglesia. Junto a don Ludovico se reza mejor: para los muchachos el rostro del Señor pierde la fisonomía del amo lejano, y asume el rostro de un amigo... un Señor que debe ser muy parecido a don Ludovico. Saben que si necesitan un apoyo, una ayuda, algo, el canónigo no dirá que no. Para estos muchachos abandonados en la gran ciudad es alentador saber que en ella tienen un amigo con el que pueden contar en cualquier momento.

El centro parroquial de don Ludovico es una casa que recoge a todos los muchachos que llegan, pero en ella no reina el desorden. Él sabe que si sus chicos quieren llegar a ser buenos ciudadanos, tienen que conocer no sólo sus derechos, sino también sus deberes. Deben ser respetados, pero también deben respetar a los demás. A tal fin, don Ludovico ha escrito un reglamento para su centro parroquial. Lo ha escrito de un tirón: 26 páginas que contienen su gran corazón y su mente clara.

Los jóvenes en este reglamento no son considerados como cosas o como un rebaño, sino que, divididos en grupos, son guiados por asistentes encargados de ayudarles siempre; por otra parte, los chicos tendrán que demostrar que quieren llevar una vida seria y tener un profundo sentido del deber. Los asistentes, a su vez, tendrán que respetar a cada uno de los chicos, ver en cada uno, no un ser débil y pobre al que imponer su autoridad, sino un hijo de Dios que merece respeto.

En aquellos tiempos el látigo y la vara eran el castigo que más se utilizaba en las escuelas. Don Ludovico exige que, en su lugar, se use el amor y la comprensión. Un muchacho no es un animal que ha de ser amaestrado, sino una persona que debe ser respetada.

Exhorta a los chicos mayores a que enseñen a respetar y a amar a todos los hombres, a que muestren gratitud con los bienhechores y sean amables con los enfermos

que tienen que ser visitados y ayudados, a pesar del sacrificio que eso comporta.

De esta forma, los muchachos aprenden a conocer, amar e invocar a Dios, que es base y fundamento de la educación que reciben.

### **Una casa para quien no la tiene**

Por la noche, a las puertas del centro parroquial, don Ludovico despide a sus chicos; sabe que muchos de ellos no tienen donde ir. Si tienen algún dinero podrán alojarse en el albergue público, pero si no tienen nada terminarán por acurrucarse bajo algún pórtico o en las ruinas de alguna casa abandonada. Sufre cuando lo piensa y quiere hacer todo lo posible para poner fin a tan penosa situación.

Fundará un 'Instituto' que será la familia que los muchachos nunca tuvieron por haberse quedado huérfanos.

En el Instituto habrá escuela y taller y los muchachos no tendrán que arriesgar la salud ni la fe en las fábricas de la ciudad, donde son explotados por patrones sin escrúpulos y donde los adultos sin conciencia les enseñan a blasfemar y a decir palabrotas.

Junto a la iglesia de San Bernabé, que se encuentra en pésimas condiciones porque fue utilizada como depósito militar, hay tres habitaciones que se usaron como almacén de leña. En el primer piso hay una cocina y tres habitaciones donde habitan ratones y murciélagos. Don Ludovico decide alojar allí a sus primeros muchachos. Se pone manos a la obra. Él mismo es albañil, carpintero y capataz... Su salario de canónigo no basta para pagar los gastos y por lo tanto vende parte de la casa que le ha dejado en herencia su madre. En poco tiempo, esas habitaciones quedan transformadas: ahora ya pueden ser habitadas, no por ratones y murciélagos, sino por los más necesitados de sus pilluelos.

### **Todo comienza con siete muchachos**

Llegan. Son siete chiquillos de doce años más o menos. Sus padres han muerto o los han abandonado. Don Ludovico les sirve la comida, juega con ellos y ellos rezan con él. Les busca un trabajo en casa de patrones honrados que han prometido enseñarles un oficio.

Poco a poco el número aumenta; pero no todos son buenos ni agradecidos: son pequeños vagabundos callejeros cuyo único maestro ha sido sólo la calle. Algunos son vulgares, incapaces de someterse a una disciplina. Don Ludovico no se desanima: *"debemos sembrar con confianza; no importa si los frutos no se ven"*.

Estos chicos, acostumbrados a ser tratados a golpes e insultos, se quedan sorprendidos ante la invencible serenidad de don Ludovico. ¿Por qué él no les pega? ¿Por qué no les grita nunca? Oyéndole narrar la vida del Señor comprenden el motivo.

Pero don Ludovico no se conforma con reunir a los muchachos en su casa. Quiere ir más allá: abre talleres en su Instituto para que los chicos no tengan que ir a las fábricas de la ciudad. Se queda sin un céntimo, pero en 1821 logra ver en marcha su proyecto. Ahora los muchachos pueden aprender en su propia casa los oficios de carpintero, herrero, zapatero...

El año 1821 se presenta difícil para la política. Cansados de la dominación austriaca, muchas ciudades reclaman libertad e independencia. Se extienden como una mancha de aceite los grupos de 'carbonarios' que suscitan motines y revueltas. En ese mismo año, una relación del gobierno afirma: *"en todas las ciudades lombardas serpentea el veneno de las sociedades secretas... Brescia es una de las ciudades más destacadas por su oposición al gobierno imperial"*.

En el año 1822, doscientas personas son acusadas de conjurar contra el gobierno.

Algunas de ellas son condenadas a muerte. El sacerdote Domingo Zamboni es condenado para siempre a trabajos forzados. La policía usa todos los medios posibles con los detenidos para descubrir los diferentes grupos de ‘carbonarios’ existentes, pero no obtiene ningún resultado.

Don Ludovico quiere también mayor libertad, no sólo para su ciudad, sino sobre todo para sus muchachos. Pide al ayuntamiento que le conceda un huerto contiguo a su casa donde los chicos podrían respirar aire puro; pero el ayuntamiento le responde negativamente.

### **La primera Escuela Profesional Gráfica de Italia**

Don Ludovico ha solicitado al Gobierno permiso para abrir un taller tipográfico.

Brescia fue una de las primeras ciudades de Italia que utilizó la imprenta y que acogió a uno de los más célebres maestros de las artes gráficas: Aldo Manuzio. Don Ludovico fundará en Brescia la primera Escuela Profesional Gráfica de Italia.

Los comienzos serán inciertos. En Brescia existían ya nueve imprentas que funcionaban muy bien. La más conocida era la tipografía del Mella, propiedad de Nicolás Bettoni. En los locales contiguos a San Bernabé, funciona otra de Germán Barchi. Mientras espera la aprobación del Gobierno manda allí a sus muchachos. Pero no tarda en darse cuenta de su error: la imprenta está cargada de deudas, y sus chicos, en vez de aprender un oficio, son obligados a trabajar duramente para sacar el máximo rendimiento a las máquinas. Don Ludovico escribe al propietario una carta clara y decidida: *“Si usted no se preocupa del bienestar de los jóvenes trabajadores que están bajo mi responsabilidad, les retiraré enseguida y buscaré la forma de emplearles en otro taller”*.

La separación se produce en agosto. El gobierno austriaco, por motivos de seguridad, se mostraba hostil hacia las imprentas, y hace esperar a don Ludovico dos largos años antes de concederle autorización para poner en marcha una tipografía.

Las primeras obras ven la luz en 1824. Llevan un nombre que pasará a la historia: *“Tipografía del Instituto de San Bernabé”*.

En ese mismo año, en una colina de Piamonte llamada Monferrato, a centenas de kilómetros de Brescia, un joven tiene un sueño extraño: ve a una señora ‘vestida de sol’ que le pone al mando de un tropel de chiquillos y le dice: *“Hazte humilde y fuerte, y a su debido tiempo lo comprenderás todo...”*

Este muchacho se llama Juan Bosco. Será sacerdote, como don Ludovico; también a él le llamarán ‘el cura de los chicos pobres’. Siguiendo las huellas de don Ludovico, abrirá una imprenta en Italia y más tarde muchas más en todo el mundo. Don Ludovico ha trazado el modelo; don Bosco seguirá sus pasos.

### **Descansaremos en el cielo**

A fin de equipar convenientemente los talleres para sus muchachos, don Ludovico está acabando con todos los bienes que había heredado de sus padres. Su hermano y los demás familiares, al ver con tristeza desvanecerse la esperanza de una posible herencia, le acusan de imprudencia y de excesiva tolerancia y generosidad con muchachos que no merecían nada. Don Ludovico no se da por vencido y, en silencio, sigue adelante.

Finalmente, el ayuntamiento le concede el huerto cercano a su casa y, después de mucho insistir, recibe otro edificio donde podrá alojar a un numeroso grupo de nuevos muchachos. Sin embargo, los antiguos precedentes, le hacen una jugarreta: devastan el huerto reduciéndolo a un barbecho y dejan las habitaciones llenas de trastos y sucias. Don Ludovico acepta en silencio y, de nuevo, se pone manos a la obra: con la ayuda de

sus muchachos hace de albañil, de pintor, de hortelano...

Algunas veces, al terminar el día, no puede más de cansancio. Sus muchachos le miran asustados: ¿qué será de ellos si muere? Es preciso evitar que se canse demasiado. Se lo dicen con esa forma incierta e infantil que usan los muchachos cuando quieren hablar como personas mayores. Él les sonríe y responde: “*descansaremos en el cielo*”.

Los nobles que pasan en carroza se encogen de hombros al ver a uno de su mismo rango colocar tejas y blanquear paredes. Pero él finge no darse cuenta de los desprecios. Sabe que la sociedad del mañana no se hará con las carrozas de los nobles, sino con el trabajo de los obreros. Por eso, quiere regalar a la sociedad futura obreros honestos y buenos profesionales en su oficio.

Las fuerzas para sufrir con paciencia y para continuar sonriendo las encuentra postrándose ante el sagrario y ante la imagen de la Virgen. Los muchachos le ven con frecuencia en oración silenciosa y prolongada. Cuando sale de la iglesia su aspecto es sereno. Éste es el mejor ejemplo para ellos.

De la imprenta de San Bernabé, salen libros claros y elegantes, de contenido siempre cristiano. Entre las primeras obras editadas por don Ludovico se encuentran los escritos del p. Segneri, ilustre predicador jesuita de la época.

### **Un duro y penoso trabajo**

Imprimir es más bien fácil; lo difícil es vender libros. Por eso don Ludovico se lanza a un nuevo oficio: el de publicista y jefe de ventas. Instruye a un grupo de muchachos inteligentes y con su ayuda crea una red de distribución que permitirá que los libros editados se difundan y que, al mismo tiempo, aumente el trabajo de su imprenta. De esta forma logra ganar lo indispensable para mantener a sus ‘pequeños obreros’.

1825. Don Ludovico tiene 41 años y ha escrito miles de cartas: un duro y penoso trabajo que acorta sus horas de descanso... Sólo unos pocos se dan cuenta de ello. Cada nuevo paso en la construcción de su centro parroquial y de su Instituto le ha costado infinidad de cartas al Gobernador y a otras personas importantes que pueden ayudarle. Para mantener a sus muchachos escribe una carta tras otra a sus amigos y bienhechores. Cada vez que imprime y edita un libro, escribe y envía centenares de cartas presentando su obra, explicando el fin de su imprenta y exhortando al comprador a colaborar con él.

Junto a estas cartas, las más penosas son las escritas a su hermano Juan, que vive sin preocupación alguna amontonando deudas. En el año 1825, don Ludovico bate el récord escribiendo cartas: tiene que obtener la aprobación del Gobierno para evitar que cierren su Instituto el día menos pensado. Por otra parte, el ayuntamiento ha decidido vender el huerto y la casa que había alquilado y que tantos sudores y trabajos le costó arreglar.

Su obispo le ayuda. Compra el huerto y la casa por 3.260 liras y se los regala. Es un gesto de entrañable amistad que hace saltar las lágrimas a don Ludovico. También para la aprobación del Instituto le echará una mano el obispo. El emperador de Austria, Francisco I, llega de visita a Brescia. Mons. Nava habla con él y le entrega personalmente la solicitud. Pero la lentitud de la burocracia es interminable: informes administrativos, control del comisario de policía, informaciones confidenciales...

No obstante, el 30 de noviembre llega el decreto de aprobación del Instituto. De ahora en adelante, don Ludovico podrá pensar en dos cosas extremadamente importantes para el futuro de su obra: escribir el reglamento definitivo y organizar poco a poco una familia de colaboradores que, cuando muera, continúen con la obra de ayudar a los jóvenes más necesitados.

## **La muerte del obispo**

Corre el año de 1831. Dios llama a mons. Nava. Acaba de terminar una fatigosa y dura visita pastoral por los pueblos de los valles. A pesar de padecer asma y de sufrir mucho, pudo cumplir bien su deber. El 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, preside la misa en la catedral y termina distribuyendo 200 liras entre los pobres de la ciudad.

Al amanecer del día siguiente, su secretario le encuentra envuelto en una manta de lana, sentado junto al fuego. Su respiración es jadeante. Tiembla de frío y sólo encuentra fuerzas para decir a su secretario: “*Cuida...*”

Su pérdida se hace sentir en la diócesis de Brescia. Don Ludovico recuerda los seis años que pasó al lado de su obispo, las visitas a los pueblos de la montaña en su inestable carroza, el rígido horario sólo interrumpido por la oración, la ayuda que prestó a su Instituto... Incluso en los últimos días de su vida, mons. Nava se acordó de él: le ha pagado todas las deudas. En los momentos difíciles, cuando todas las puertas se cerraban, don Ludovico recurría a él, y dos palabras eran suficientes. El obispo abría el cajón y, revolviendo entre los papeles, todo lo que encontraba era para sus muchachos. Cuando don Ludovico se dirigía al obispo para restituirle lo prestado, mons. Nava sonriendo le decía: “*no tiene importancia, son tiempos difíciles; llama a los pobres, reúne a los necesitados*”.

Arrodillado junto al cuerpo de su obispo, don Ludovico le promete que estas palabras serán siempre el programa de su vida.

## **Un “proyecto educativo”**

En este mismo año, don Ludovico edita el definitivo Reglamento de su Instituto. En los meses precedentes se lo había leído a Mons. Nava y había recibido su plena aprobación. En vez de llamarlo Reglamento, palabra que le parecía demasiado rígida, lo llama ‘Proyecto educativo’, porque la finalidad del Instituto es la de reunir en una gran familia a los jóvenes más necesitados, con el fin de que aprendan un oficio, respeten a los demás y amen a Dios.

Hablando, por ejemplo, del superior de la casa, dice de él que debe ser como un padre; el director espiritual, un amigo que ponga paz en sus vidas; habla también de la importancia que tienen en la educación los maestros y los asistentes, y hasta habla del cocinero que debe ser puntual, limpio y buen conocedor de su oficio.

En la segunda parte del libro, don Ludovico construye con pocas palabras una barrera segura contra el aburguesamiento del Instituto. Desgraciadamente se da con frecuencia el fenómeno de que una familia religiosa nacida para ayudar a los pobres, pase en poco tiempo al servicio de los ricos. Don Ludovico indica con claridad las tres categorías de muchachos que podrán ser aceptados en su Instituto: los huérfanos de padre y madre, los que carecen de padre y los jóvenes verdaderamente necesitados. Nadie más.

Sin embargo, los pobres no serán tratados pobremente. Tendrán que recibir “*comida en abundancia y vino suficiente durante la comida y la cena*”.

## **Una palabra llena de pánico: el cólera**

Brescia espera con ansia al sucesor de mons. Nava, pero las autoridades políticas sospechan y desconfían de todo. Durante tres años la diócesis permanece sin obispo. El seminario, que mons. Nava había cuidado con amor especial, es boicoteado. Los austriacos piensan que es el centro de las conjuras y de la hostilidad popular. Sacerdotes y profesores se ven obligados a abandonar el seminario y machar al extranjero.

Las gestiones para nombrar un nuevo obispo son interminables, laboriosas y

difíciles. Dos candidatos han sido rechazados por las autoridades. El tercero, el p. Domingo Ferrari, es finalmente aceptado. El 11 de mayo de 1834, don Ludovico puede abrazar a su anciano profesor, consagrado ahora obispo de Brescia.

En el sofocante y largo verano de 1836 el cólera se propaga por toda Italia y de forma irrefrenable por Brescia. Los que pueden huyen de la ciudad a los valles y montañas. Los que no pueden dejar la ciudad se cierran en sus casas atrancando puertas y ventanas.

Como siempre que se extiende una peste, vuelven las calamidades. Las familias que tienen un miembro afectado por el cólera son abandonadas. El miedo transforma a mucha gente en seres egoístas y crueles.

No obstante, en estas ocasiones aparecen también héroes: Paulina de Rosa, de 22 años, deja su espléndida casa para vivir en los ‘lazaretos’ asistiendo a los apestados y cuidando a los enfermos. Don Ludovico abre las puertas del Instituto a los muchachos que, a causa de la epidemia, han perdido a sus padres. “...*Aunque habían aumentado los gastos y disminuido los ingresos, don Ludovico abrió las puertas a los muchachos afectados por la epidemia, hasta tal punto que el número de sus chicos aumentó enormemente*”.

Un día llegaron cinco hermanos a las puertas del Instituto; sus padres habían muerto, la casa había sido quemada por los agentes de la salud pública. Apenas ven a don Ludovico, se agarran a su sotana. No tienen fuerzas ni para llorar. Están hambrientos. El más pequeño tiene la cara llena de granos. Don Ludovico le coge en sus brazos y, seguido por los demás, le lleva a la habitación que hace de enfermería. Le lava y le cura, después lava también a los demás y, bajando a la cocina, les da de comer. Seguidamente les acompaña al patio y a los chiquillos que allí jugaban les dice: “*Jugad con ellos; nos los manda el Señor*”.

### **Una plaga antigua: los sordomudos**

En aquellos tiempos, por los valles de Brescia era muy corriente que muchas personas padecieran un mal que era considerado desde muy antiguo como una maldición: los sordomudos. Muchos niños nacían así, a causa de matrimonios consanguíneos su destino era una vida triste e infeliz.

En muchas ciudades italianas había ya escuelas para la recuperación de estos desgraciados. Con el método elaborado por el sacerdote francés Miguel De L’Epée, los pequeños sordomudos llegaban a aprender un oficio.

En el año 1837, algunas personas ricas de Brescia decidieron abrir en la ciudad un centro para sordomudos. Comenzó a funcionar uno en Santa María Calchera, bajo la dirección de don Giolitti; pero no disponía de talleres para instruirles profesionalmente. Alguien pensó que podrían recibir instrucción en el Instituto de don Ludovico. Él aceptó y durante cuatro años acogió a los sordomudos con sus muchachos; los observaba con interés y aunque nunca llegó a aprender el lenguaje de signos, estudió los más importantes. Terminó por convencerse de que sólo asumiendo por completo la dirección del Centro, podría seguirles más de cerca. Pero don Ludovico pensó que antes de lanzarse a una obra tan delicada y difícil, tendría que encontrar colaboradores competentes. Tenía como ayudante a un joven seminarista, Domingo Guccini, que mostraba gran interés por los sordomudos. Se privó algún tiempo de su valiosa ayuda, mandándole al Instituto Real para Sordomudos de Milán, con el fin de que se diplomara aprendiendo los métodos más modernos.

Entre don Ludovico y el joven seminarista, se inició una continua correspondencia que nos permite seguir casi día a día los acontecimientos de aquel tiempo. Desde Milán, Guccini escribe desilusionado: “*El método que aquí se usa es*

*muy bueno para instruir a los pequeños sordomudos, pero no para educarlos. Acostumbrados al látigo, sólo al látigo tienen respeto, y quien no lo usa, no es ni respetado ni obedecido... A mí, que no quiero usarlo, no sólo no me escuchan sino que se burlan de mí... Algunas veces casi pierdo la paciencia”.*

Don Ludovico le contesta: *“Haz lo posible por contenerte. Utiliza la seriedad que inspira respeto, la amabilidad que atrae y encanta; deja el látigo para quien lo quiera usar. El látigo del hombre debe ser la razón...”*

### **Un banco para dormir**

A doce kilómetros de Brescia, frente al pueblo de Saiano, se alza una colina sobre la que se halla un santuario mariano llamado El Calvario. Al lado existe un convento que perteneció a los franciscanos, antes de que fueran expulsados durante la República Popular Bresciana.

En 1840 don Ludovico compra este convento, acabando así con sus bienes. Su intención es la de preparar una colonia agrícola para los sordomudos que no quieran aprender un oficio y que, al mismo tiempo, sea la casa del noviciado donde, en la paz y en el silencio, pueda preparar bien a sus colaboradores. Servirá también para pasar las vacaciones con sus muchachos que, durante todo el verano, padecen el calor abrasador de la ciudad.

De nuevo, don Ludovico se convierte en capataz, albañil, labrador... planta árboles frutales y construye un camino que, desde la base de la colina, conduce a las puertas del convento.

De nuevo, en Brescia se oyen críticas maliciosas: *“El canónigo Pavoni está reuniendo un buen patrimonio. Pide para los huérfanos y compra para sí mismo”.* Pero quien vive junto a él se da cuenta de que la idea de enriquecerse ni siquiera pasa por la mente de don Ludovico, que lleva una sotana desgastada y descolorida. Un alumno sastre, que le quiere mucho, logra apoderarse de ella mientras duerme: la vuelve de un lado y de otro, la remienda, sustituye las partes más desgastadas... La pobre sotana es casi una telaraña.

Las camisas que viste son de una tela tan tosca que hasta el mismo sastre, algunas veces, se niega a confeccionarlas. Come una sola vez al día, en la misma mesa que sus muchachos; le gusta muchísimo la fruta, pero la prueba sólo cuando va acogerla al huerto con sus chicos. Comprarla para él solo, le parece un lujo.

A veces se queda dormido sobre el banco donde se sienta a descansar cuando está completamente agotado.

Con frecuencia, cuando se cierra el taller, el sordomudo Pedro Spada, que se está convirtiendo en un excelente tipógrafo, pasa a don Ludovico las páginas que ha estampado para que las corrija durante la noche; por la mañana pasará de nuevo a recogerlas. Un día le encuentra dormido en la escalera, con las hojas sin corregir entre sus manos. Esta vez el sueño ha podido con él.

### **Los que continuarán su obra**

Ludovico Pavoni ha cumplido ya 56 años. Se da cuenta de que son pocos los que colaboran con él en la educación de sus muchachos y sigue con afecto especial a los que cree que continuarán su obra. Sin embargo, don Ludovico no es uno de éstos que quieren ‘hacer curas’ a toda costa.

Aprecia mucho a un muchacho, un tal Pedro Amus, que ha vivido con él en el Instituto desde pequeño. Quiere ser religioso y sacerdote, pero don Ludovico, que le conoce bien, le escribe estas palabras. *“Es el amor que te tengo, el que me hace sentir pena al verte dispuesto a tomar un camino que quizás no sea el más apropiado para tu*

*felicidad eterna*". El joven medita y sigue el consejo; conoce una honrada muchacha, con la que se casa formado una familia cristiana.

El hermano de Pedro es completamente distinto. Se llama Agustín y le gusta estar con los chavales. Sabe sacrificarse por los demás. Don Ludovico le observa con predilección. Ve en él uno de los mejores continuadores de su obra.

Cuenta también con un grupo de jóvenes que han vivido desde niños con él y que ahora le ayudan mucho. Cuando los pequeños huérfanos se quedan dormidos, don Ludovico los reúne en su pobre habitación para charlar un rato con ellos. Están cansados después de una jornada intensa de trabajo, pero don Ludovico les exhorta a que hagan un sacrificio más. Habla de la fe, de la maldad del pecado, del amor al Papa, de la oración y de la obediencia. Son los cimientos sobre los que deberán construir sus vidas. Durante el día les ayuda a encontrar ratos libres, que utilizan meditando el *Evangelio*, las obras del *p. Alfonso Rodríguez* o la *Imitación de Cristo*. La meditación es el alimento indispensable para el espíritu de todo hombre que quiera vivir para el Señor.

### **Siete años de penas**

Pero antes de ver formada a su alrededor la Congregación que continuará su obra, don Ludovico pasará siete años de penas interminables: tendrá que escribir innumerables cartas, informes, súplicas, peticiones...

Bajo la dominación austriaca, el permiso para fundar una nueva familia religiosa debe ser aprobado por el Gobierno antes que por la Iglesia, y la burocracia austriaca es de una lentitud interminable.

Don Ludovico tendrá que escribir constantemente a Brescia, Milán y Viena. Deberá contar infinidad de veces la historia de su obra, describir minuciosamente sus peculiaridades, buscar todas las recomendaciones posibles.

Mientras tanto algunos de sus ayudantes, cansados de esperar se van para formar parte de otras familias religiosas. Don Ludovico se va quedando cada vez más solo, y esto le entristece.

### **La cruz en el cajón**

El 12 de junio de 1844, el conde Sapur escribe a Pavoni: "*Su majestad se ha dignado conferirle el honor de pertenecer a la Imperial y Regia Orden de la Cruz de Hierro de III Clase*". Añade su más sincera felicitación por el reconocimiento debido a sus nobles e infatigables esfuerzos y sacrificios en favor de la educación de los pobres abandonados.

En los tiempos de don Ludovico, ser caballero de la Cruz de Hierro era un gran honor y muchos ciudadanos se congratularon con él. Él responde al Gobernador dándole las gracias y asegura que "*el beneplácito de las autoridades locales me da fuerzas para continuar esta ardua empresa*". Pero inmediatamente después, toma la cruz, la mete en un cajón y exclama. "*¡El Emperador hubiera hecho mejor mandándome harina para poder hacer pan para mis muchachos!*".

Otras cruces se le vienen encima: el ayuntamiento está restaurando la iglesia de San Bernabé y manda las facturas a don Ludovico. Hace ya tiempo que la Administración de los orfanatos de Brescia, compró en su tipografía algunas cosas y papel para las librerías; pero, al parecer, se olvidan de pagar. Del Gobierno Imperial no llega ninguna respuesta a sus cartas referentes a la aprobación de su familia religiosa. Don Ludovico tiene que escribir una y otra vez.

A pesar de todo en este mismo año Dios le da una gran alegría: José Baldini, que entró en el Instituto cuando tenía 10 años, es ordenado sacerdote. En san Bernabé se celebra una fiesta por todo lo alto. Es el primer sacerdote de la casa.

### **Servicio militar: ocho años de uniforme**

En 1845, don Ludovico comienza de nuevo la penosa actividad de enviar cartas y súplicas a las autoridades civiles para obtener el reconocimiento de la Congregación. El Obispo de Brescia, su querido p. Ferrari, le ha ofrecido la aprobación eclesiástica, pero no se la podrá dar sin haber obtenido antes la aprobación del Gobierno.

Una de las amenazas que pesan sobre sus colaboradores es la del servicio militar. Todos tienen obligación de hacerlo durante ocho años. En este mismo año, es llamado a filas el mejor tipógrafo de la casa: Perlotti. Don Ludovico, con tristeza, escribe así a un amigo de Milán: *“Verás a Perlotti en Milán. Este querido maestro tipógrafo no puede consagrarse al Señor en este Instituto donde ha sido educado. Mis esfuerzos para demostrarles que esta pérdida es perjudicial para el Instituto han sido inútiles. No me han servido de nada ni la ayuda del Alcalde, ni la intervención del Delegado. Perlotti tendrá que vestir el uniforme militar. El gobierno austriaco no le concedió la prórroga... durante ocho años nuestro tipógrafo tendrá que servir al Gobierno en el ejército”*.

### **Una triste noticia**

Para obtener la aprobación del Gobierno, don Ludovico escribe a Monseñor Bragato que, en la corte de Viena, es confesor de la Emperatriz de Austria, Ana María de Saboya.

Recibe una respuesta esperanzadora: *“Me llena de orgullo de poder cooperar en una obra tan benéfica para la religión y la sociedad”*. Pero el asunto no va a ser tan fácil: hay que recoger de nuevo todos los documentos, que yacen sepultados bajo montones de papeles y cartas.

Nuevas cartas, nuevas súplicas. El 24 de noviembre llega una carta de mons. Bragato que renueva las esperanzas de don Ludovico: *“El secretario ha expedido el asunto con una buena recomendación, para que la Cancillería lo mande a su Majestad y dé su consentimiento”*. Parece que esta vez va en serio. Y efectivamente es así. El 13 de diciembre llega una carta de Viena: *“El día 9, su Majestad el Emperador ha firmado el decreto por el que aprueba la Congregación Religiosa del Instituto de beneficencia fundado en San Bernabé por el benemérito señor canónigo Pavoni”*. Tendría que ser un día de gran fiesta en San Bernabé, sin embargo una nota de tristeza oscurece esta alegría: hace quince días ha muerto mons. Ferrari, que para don Ludovico ha sido un segundo padre. Al morir, dejó una importante suma de dinero: treinta mil liras para los huérfanos de San Bernabé. Con ellas comprará un terreno y material necesario para instalar una escuela agraria.

Desgraciadamente, la muerte de mons. Ferrari trae consecuencias graves para el Instituto de don Ludovico. Una vez que ha llegado la aprobación gubernativa podría llegar enseguida la eclesiástica, pero esto no será posible hasta que sea nombrado el nuevo obispo, o hasta que el vicario de la diócesis reciba esta facultad de la Santa Sede.

La Navidad de 1846 se celebra en San Bernabé en la intimidad familiar. Don Ludovico está rodeado por los ‘hermanos’ que ya ven cercano su ideal: ser religiosos al servicio de los jóvenes y de los sordomudos.

Guccini ha regresado de Milán con su flamante diploma y se siente preparado para su misión en la nueva escuela.

Pero el ambiente de Brescia no es tranquilo: se respira aún la fiebre de antaño, aquella que hacía gritar libertad a la gente, cuando los franceses saquearon la ciudad. El 16 de junio ha sido elegido un nuevo papa en Roma. Se llama Pío IX y ha pedido a Dios que bendiga a Italia. Los patriotas exultan y conjuran. Se vuelve a oír la mágica palabra:

libertad. Los ejércitos se arman. Se espera una chispa que encienda el fuego.

### **El año más feliz**

1847, fue quizá, el año más feliz de la vida de don Ludovico. En los primeros meses asume por completo la educación de sus muchachos predilectos: los sordomudos. Comienza con ocho alumnos, pero muy pronto llegarán a ser dieciocho. La dirección didáctica se la confía a Domingo Guccini.

El día más delicado para los pequeños sordomudos es el día de visita. Quien no tiene ni padre ni madre mira a los demás con envidia, y al final terminan por llorar de tristeza. ¡Cuántas veces don Ludovico, dando la mano a uno de estos pequeños, les acompañó a su habitación! Allí, entre flores frescas, campea la imagen cándida de la Inmaculada; en esas ocasiones, don Ludovico, aún desconociendo el lenguaje de los sordos, se hace entender maravillosamente: *“Esta es mi madre y la tuya. Ella te quiere mucho y tú tienes que quererla también”*.

La Inmaculada es la madre de la casa: ella ha sido y es para don Ludovico maestra y guía de su apostolado. Sus jóvenes tienen que crecer en un ambiente sano. Para ello les exhorta a que crezcan fuertes en el amor y en la oración a María.

Un día, el sordomudo Antonio Renoldi entra en la habitación de don Ludovico. Su sorpresa es grande cuando le ve inmóvil y en éxtasis ante la imagen de la Virgen. Una extraña luz circunda su rostro. Antonio describirá este cuadro centenares de veces por señas y a viva voz cuando, después de mucho trabajo, aprenderá a hablar.

La devoción a la Virgen fue de gran importancia en el Instituto de San Bernabé. Lo demuestra especialmente el hecho de que muchas vocaciones nacieran entre sus muros: Pedro Bettini entrará en el Seminario y llegará a ser párroco de Grevo. Durante treinta años, Bianchini desempeñará el cargo de director espiritual en el seminario de Brescia. El joven Rampinelli será sacerdote jesuita. Scandella será profesor del Seminario. Juan Bona fue párroco de Quino... El capuchino fr. Ludovico de Bérghamo, el camaldulense fr. Pedro Damián, el franciscano fr. Ambrosio Stefanelli...

### **El día del nacimiento**

El 12 de junio de 1847, mons. Luchi, vicario de la diócesis, recibe una carta de Roma en la que se le da autorización para aprobar la ‘Congregación religiosa de los Hijos de María’, fundada por el canónigo Ludovico Pavoni. La tan sufrida espera finalmente ha terminado.

Don Ludovico prepara con seriedad a sus hermanos para el gran paso que van a dar. El 10 de octubre comunica al cabildo catedralicio que renuncia al título de canónigo. El conde Antonio Vallotti le pide la cruz de oro como recuerdo. Don Ludovico, que es muy amigo suyo y ha recibido de él innumerables favores, se la da con cariño. El mismo día recibe una donativo de 100 liras para sus muchachos.

Llegamos al 8 de diciembre de 1847. Mons. Luchi, vicario de la diócesis, oficia en el altar de la iglesia de San Bernabé. A la ceremonia asisten autoridades religiosas y civiles. La iglesia está llena de gente. Los muchachos y maestros de la Escuela Profesional no podía faltar. Amigos y conocidos se abren paso como pueden para procurarse un sitio en la Iglesia. Don Ludovico, vestido con la capa de canónigo, se arrodilla ante el vicario y le entrega el decreto gubernativo que aprueba la Congregación de los Hijos de María.

El vicario a su vez, le consigna la aprobación eclesiástica. Llegados a este momento, el asistente del celebrante, en medio de un gran silencio, proclama que *“la Congregación de los Hijos de María queda oficialmente reconocida por las autoridades civiles y religiosas, y que don Ludovico Pavoni ha recibido autoridad para gobernarla,*

*regirla y administrarla”.*

Don Ludovico abandona sus ropas de canónigo y, arrodillándose ante mons. Luchi, pronuncia con voz firme su profesión religiosa: *“Yo, Ludovico Pavoni, sacerdote, en presencia de Dios omnipotente, de la Virgen su madre, de toda la corte celestial y de ti, reverendísimo Padre que representas a la Iglesia, prometo vivir en castidad, pobreza y obediencia, dedicándome de manera especial a la educación de los jóvenes pobres y abandonados, según la Regla de nuestra Sociedad Religiosa. Dígnese Dios aceptar mi sacrificio y me conceda su gracia para cumplirlo”.*

Don Ludovico se reviste con los ornamentos sacerdotales y celebra la Eucaristía. Después de la comunión, y como Superior General de la Congregación, acoge la profesión de sus primeros religiosos: dos sacerdotes, Amus y Baldini; dos seminaristas, Guccini y Salvadori; tres hermanos coadjutores: Pasolini, Tonelli y Montresor. Al final todos piden al Señor la gracia para perseverar fieles en sus propósitos.

Mons. Luchi entona entonces el ‘Te Deum’ en acción de gracias, y los chiquillos que han asistido con la máxima atención a la ceremonia, prorrumpen en un canto de alegría. Entre estos muchachos hay un monaguillo que conservará siempre en su corazón el recuerdo de un día tan grande. Se llama Corna Pellegrini, llegará a ser Obispo de Brescia y será quien comience el proceso de beatificación del p. Pavoni.

### **1848 se asoma al horizonte e la historia**

Finalmente todo se ha cumplido. En el horizonte de la historia se asoma el año 1848 henchido de revoluciones, de batallas, de profundas transformaciones políticas.

Por los lagos de Garda e Iseo, la prensa clandestina, el regreso de los exiliados y la propaganda de los seguidores de Mazzini, alimentan cada día con mayor intensidad la lucha contra Austria.

Los primeros días de 1848, tanto los ciudadanos brescianos como los de Milán se privan de fumar para boicotear las tasas austriacas sobre el tabaco. Cuando los oficiales austriacos entran el Gran Teatro, una masa de ciudadanos se levanta y abandona la sala.

Poco tiempo después, la revuelta estalla a la vez en Brescia y Milán. Por las calles se agitan fusiles y banderas tricolores y se oyen gritos: “¡Viva Italia! ¡Viva Pío IX!”. La guarnición austriaca, atacada de improviso, abandona la ciudad. Se proclama el ‘Gobierno Provisional’.

El 31 de marzo, una gran muchedumbre acoge con júbilo a las tropas piamontesas del general La Marmora. Carlos Alberto ha declarado la guerra de la independencia contra Austria. De todas partes de Italia llegan voluntarios. También de la provincia de Brescia afluyen jóvenes llenos de entusiasmo, dispuestos a unirse al ejército de Carlos Alberto. Más que a la guerra, parece que van de fiesta, alegres, con vivos colores...

Como en todos los momentos de profundos cambios, el fuego se mezcla con el humo, y las decisiones heroicas con abusos y violencias. Algunos comienzan la ‘caza de los jesuitas’, como si fuesen enemigos de la independencia italiana. El ‘Gobierno Provisional’ pone guardias para defender su colegio, pero durante la noche cinco individuos colocan explosivos bajo los muros. El p. Ludovico hospeda a algunos de estos sacerdotes en el Instituto y en Saiano.

Transcurren los meses más agitados de lo que se llamará ‘primavera de la patria’, y después de la victoria de Goito y la rendición de Pescara, quedará de manifiesto la gravedad de la crisis política. La Italia que está naciendo, ¿será la Italia de todos o la Italia del Rey de Piemonte? Los que caen en el campo de batalla, ¿dan la vida por Italia o para extender los dominios de Carlos Alberto?

A la crisis política, sucede la derrota militar. Milán, la ciudad de las gloriosas ‘Cinco Jornadas’, contempla con satisfacción la retirada de Carlos Alberto, y con tristeza la reaparición de las tropas austriacas. Ante la inminente llegada de los austriacos, centenares de familias brescianas abandonan la ciudad.

### **146 días de libertad**

El 9 de agosto, el armisticio de Salasco suspende drásticamente la primera parte de la guerra de la independencia.

El 16 de agosto, las tropas austriacas, con ramos de mirto en el gorro y banderas amarillas desplegadas al viento, entran de nuevo en Brescia. El viento de la libertad ha soplado en la ciudad durante solo 146 días. ¿Una corta ilusión?

Ahora, por las calles de la ciudad, se persigue a los patriotas y a los sacerdotes que les han apoyado y sostenido. En octubre, sin ir más lejos, han sido fusilados un joven que ha caído una pistola del bolsillo y un sacerdote que tenía sobre las cuartillas de su escritorio un abrecartas en forma de puñal.

Afortunadamente, don Scandella, profesor del seminario, que el 4 de junio bendijo en la catedral la bandera de los estudiantes que partían para el frente, se ha alejado de la ciudad.

Mientras tanto, el p. Ludovico trabaja sin cesar en las obras de la casa de Saiano. Prevé que esta casa será la salvación de sus jóvenes y de su Congregación.

A sus 64 años se convierte de nuevo en capataz y albañil, pero ya no goza de la salud de antaño. En los últimos meses de este mismo año, una obstinada tos le agota impidiéndole el descanso durante las cortas horas de reposo. En enero la tos continúa torturándole, y el p. Amus se preocupa por él. El p. Ludovico escribe: *“He pasado la noche muy inquieto. He tenido que pasar en la cama todo un día... Hoy me he levantado. El frío persiste. Estamos en el país de la desolación...”*

Las noticias que llegan de Brescia son verdaderamente desalentadoras. Toda la ciudad vive en el terror y en la miseria. El día 1 de enero, por la noche, los austriacos han arrestado a todos los asesores y empleados del ayuntamiento. Al día siguiente, Haynau, comandante de la ciudad, da un pregón diciendo que Brescia tiene que pagar una multa de 520.000 liras austriacas por haber sido hallados en un almacén municipal objetos militares que deberían haber sido entregados a las autoridades.

### **La guerra engendra huérfanos**

La gente no soporta más la situación. En los valles se preparan tropas clandestinas que apoyarán una nueva insurrección contra el ejército austriaco.

El p. Ludovico oye el eco de estas voces y piensa con tristeza que la guerra no engendra gloria ni libertad, sino huérfanos, familias destruidas, ruinas... Han sido muchos, demasiados, los muchachos que en estos meses han llamado a la puerta del Instituto de San Bernabé buscando refugio. Si la guerra comienza nuevamente, su número aumentará. ¿Cómo podrá alojarlos, darles de comer y protegerlos a todos? Se puede hacer algo, es verdad, para curar y ayudar a los más necesitados, pero... ¿quién podrá sustituir a la familia? El p. Ludovico regresa a la ciudad. Se respira una atmósfera de tensión. Los austriacos sospechan que algo se está tramando y al menor indicio pierden la razón. El día 17 de enero, el p. Ludovico escribe al p. Amus, que se ha quedado en Saiano: *“Dos días antes de la fiesta de Reyes un grupo de soldados rodeó el convento de los Pobres Reformados. Efectuaron una inspección tan severa que escudriñaron hasta en las cisternas, pensando que escondían armas. Todo por una falsa denuncia”.*

En la misma carta ordena al p. Amus que ni siquiera conserve la pólvora que se

usa en las canteras. Bastaba la más mínima sospecha para que los austriacos no aceptaran razones, y las tristes consecuencias recaerían sobre los muchachos del Instituto.

También las imprentas, donde con frecuencia se imprimen manifiestos y folletos clandestinos, son objeto de particular atención por parte de las autoridades. Para evitar abusos de la policía, que asustarían a los chiquillos, el p. Ludovico suspende la actividad tipográfica en San Bernabé. Lo siente mucho, pero es necesario. El día 19 escribe al p. Amus: *“Por aquí corre hoy un viento revuelto. No quisiera que se desencadenara una tormenta...”*

### **El ciclón de las “Diez Jornadas”**

Marzo de 1849. Los jefes de la insurrección de las provincias lombardas reciben instrucciones secretas del general La Marmora. Cuando se reanuden las hostilidades, Brescia se levantará en armas y se transformará en el punto más estratégico para la guerra.

El p. Ludovico no sabe nada de esto, pero prevé algo grave y también su próxima muerte. En una rápida visita a Saiano confía al labrador Guarneri: *“Se acerca mi muerte”*. Después, arrodillándose en el suelo, rezan juntos el Ángelus a mediodía, con la mirada fija en el castillo de Brescia, que en el azul resplandeciente del cielo parece estar al alcance de la mano.

De regreso a Brescia, la tos y el trabajo intenso comienzan de nuevo. Este año la primavera tardará en llegar. Los días fríos y la tos insistente están acabando con él.

El 20 de marzo, en las fronteras de Piamonte, comienza de nuevo la guerra. Un mensajero llegado de Turín consigna al comité una orden secreta: *‘Iniciar la revolución’*.

La ocasión propicia se presenta el día 23, día en el que se tendría que pagar el último plazo de la multa impuesta por Haynau. La chispa que encenderá todo el fuego estalla en una plaza: la gente asalta una caravana de carros que transportan víveres para la guarnición austriaca del castillo. Las campanas tocan a fuego, en las calles se forman barricadas. Las “Diez Jornadas” de Brescia han comenzado. Los patriotas brescianos no saben que en este mismo día, en la llanura de Novara, el ejército de Carlos Alberto va a tener una alarmante derrota que cerrará definitivamente la guerra de la independencia.

Los chiquillos del Instituto de San Bernabé están muy asustados. El p. Ludovico, a duras penas, consigue calmarlos y llevarlos a un lugar seguro. En el hospital han caído ya cuatro bombas.

El día 24 por la noche llegan de Mantua las primeras noticias de la derrota de Carlos Alberto en Novara. Los brescianos no quieren creerlo; piensan que son falsos rumores, quizá puestos en circulación por los mismos austriacos para desanimarles. Esperan que lleguen las tropas piamontesas prometidas por La Marmora. Mientras tanto preparan provisiones de armas, fortifican las murallas y construyen nuevas barricadas.

### **Viento y lluvia al amanecer**

Las fuerzas austriacas del Castillo han cesado de bombardear. Esperan la llegada de las tropas que han vencido en Novara a Carlos Alberto. El p. Ludovico, que conoce la noticia, piensa que muy pronto las tropas austriacas tomarán la ciudad. Reza con fervor; después se decide.

A las 12 de la noche del día 24 despierta a sus chicos y, con alentadoras palabras, les invita a prepararse para emprender un largo viaje. De madrugada celebra la Santa Misa por todos ellos; después baja a la calle en busca de un cochero. Monta a los

más pequeños en el carruaje. Ordena al cochero que los lleve a Saiano y que, apenas les haya dejado en manos del p. Amus, regrese a la ciudad para recoger a los demás. Mientras tanto él se pone en camino con los mayores. El carruaje parte. El p. Ludovico sabe que no es prudente que salgan todos juntos, sobre todo porque algunos son ya mayores y la guardia austriaca podría sospechar de ellos.

Los divide en pequeños grupos, indica a cada uno la puerta de la ciudad por la que tienen que salir y fija el lugar del encuentro al otro lado de la muralla, en el cruce de caminos que lleva a Saiano.

Los diferentes grupos de muchachos han tenido el tiempo justo para salir de la ciudad. Un batallón de 1500 austriacos, guiados por el general Nugent, han salido de Mantua y se dirigen hacia Brescia.

En el cruce de caminos, el p. Ludovico espera con ansia la llegada de los diversos grupos. Uno tras otro, los muchachos van llegando y él da un profundo suspiro de alivio, pero enseguida comienza a caer una lluvia insistente y fría. El viento se desencadena con furia.

El p. Ludovico tose a cada paso, pero no deja de pensar en sus muchachos. Pregunta si todos están suficientemente abrigados, después dice: “*Ánimo, hijos míos, descansaremos un poco en La Torricella*”. En La Torricella vive su hermana Paulina. Se asusta al verles llegar tan mojados tiritando de frío. Enciende el fuego para que se calienten y sequen sus ropas. Prepara algo caliente. Exige a su hermano que se cambie la ropa mojada. Desearía que se quedaran en su casa, pero la lluvia ha cesado y el cochero está al llegar. Reanudan el camino.

El carruaje no aparece por ninguna parte. La lluvia helada vuelve a caer; por segunda vez azota los frágiles cuerpos de los chiquillos y el cuerpo cansado y enfermo del p. Ludovico. Cuando divisan el carro, han recorrido ya 10 kilómetros y Saiano aparece al horizonte.

Al hombre, que ha preferido proteger su caballo de la lluvia antes que venir a recoger a sus 50 chavales, el p. Ludovico le dice solamente: “*¿Este era nuestro trato?*”.

### **Las campanas de Brescia**

Cuando llega a las puertas de la casa, el p. Ludovico está completamente agotado. A los padres que vienen a recibirle y que le esperan con ansiedad, les exhorta a que se ocupen inmediatamente de los chicos. Él con una sopa caliente se conforma.

Pasa la noche sin pegar ojo: la tos y los ataques de asma le acosan sin cesar. Al amanecer abre la ventana y mira hacia Brescia preguntándose qué sucederá.

Al amanecer del 26 de marzo, en la carretera que conduce a Brescia, cien voluntarios, capitaneados por Tito Speri, atacan a los 1500 soldados capitaneados por Nugent para que la ciudad pueda mientras tanto fortificarse. Después de dos horas de lucha, caen exterminados.

Cuando Nugent llega a las murallas de Brescia, las campanas tocan a rebato. El pueblo no quiere rendirse en las cuatro horas que les han dado de tregua y grita: “*¡Guerra!*”. El p. Ludovico, desde el lecho donde le tiene inmóvil la fiebre, oye las campanas y queda horrorizado. Llama a sus pequeños sordomudos y reza con ellos. El estruendo de los cañones hace vibrar los cristales de las ventanas. El p. Ludovico está muy grave: la tos y la fiebre le van consumiendo. Sus manos aprietan firmemente el rosario.

El p. Amus está convencido de que esta vez la muerte está a la puerta. Se arma de valor e invita al padre a pensar en el cielo. Al oír estas palabras, el rostro, deshecho por el dolor y el cansancio, se le ilumina con una sonrisa. El p. Amus le da la comunión y le administra la Unción de los Enfermos. Él repite con serenidad: “*¡Fiat, hágase la*

*voluntad de Dios!”.*

Pero la agonía durará algunos días más: será larga y penosa, como la de su ciudad en guerra. Allá abajo, en la zona de Torrelunga, la lucha se vuelve cada vez más sangrienta. Los austriacos se ven obligados a retirarse ante la resistencia que encuentran en las calles. Los cañones no dejan de tronar y las campanas de Brescia siguen tocando.

El día 30, a las doce de la noche, llegan de Mestre los batallones de Badén imponiendo de nuevo la rendición. Los brescianos la rechazan. Haynau lanza una vez más bombas y proyectiles incendiarios. La lucha es horrenda. Escribe Garioni Bertolotti: *“Tras las barricadas, por las calles de la ciudad, jóvenes y viejos, mujeres y niños, nobles, gente del pueblo y sacerdotes, rechazan uno tras otro los asaltos de los austriacos”.*

### **Donde muere un Santo, nace siempre algo grande**

El p. Ludovico oye el eco de los gritos de la batalla; piensa en los que caen y susurra: *“¡Señor, ayúdalos!”.* A sus hijos, que a pesar de la angustia no le abandonan ni un momento, les dice: *“No os desaniméis, alzad los ojos al cielo, tened siempre un gran espíritu de fe y de caridad”.*

Viene a verle Pablo Guarneri, el labrador con el que recitó el Ángelus y a quien predijo su muerte. Quiere consolarle, pero al verle tan tranquilo y sereno no tiene palabras. Después se le oirá decir: *“Estas personas tan santas no pierden la paz, ni siquiera ante la muerte”.*

Es el amanecer del Domingo de Ramos. Comienza la última de las “Diez Jornadas”. El eco de los disparos se va apagando poco a poco. Brescia está muriendo. En Saiano muere el p. Ludovico. Sus religiosos, a su alrededor no pueden contener las lágrimas. El p. Ludovico encuentra aún la fuerza para decir: *“Tened fe, no os desaniméis. Dios, desde el cielo, rige y dispone el destino de los hombres. Haced siempre el bien a todos y amad a Jesús y a nuestra madre, la Virgen Inmaculada”.*

Sus últimas palabras son: *“Queridos míos... adiós”.*

En Brescia y en los campos circundantes cae una lluvia suave, insistente, fría. Por las calles, los invasores avanzan incendiando..., pero la prosperidad renacerá de entre los escombros y el sol surgirá de nuevo sobre Brescia y sobre la Congregación del p. Ludovico, porque donde muere un santo, nace siempre algo grande.

## ÍNDICE

Presentación  
Un general llamado Napoleón  
Un raro escudo nobiliario  
Dos palabras que no se susurran..., se gritan  
Ayudando a los pobres  
Treinta y nueve conspiradores en el Palacio Poncarali  
El deporte favorito de la época: la caza  
Un hermano que juega con la guerra  
Las manos del Obispo sobre la frente  
Una nota de tristeza en la fiesta  
Un libro que orienta su vida  
En busca de los olvidados  
Bajo la dirección de un gran Obispo  
Un horario rígido que multiplica el tiempo  
Otra vez el huracán sobre Europa

Recorriendo la diócesis  
Cabalgando en una mula  
Dos cambios de casa  
Los pobres invaden Brescia  
Una cruz y un salario  
Un amigo en la ciudad  
Una casa para quien no la tiene  
Todo comienza con siete muchachos  
La primera “Escuela Profesional Gráfica” de Italia  
Descansaremos en el cielo  
Un duro y penoso trabajo  
La muerte del Obispo  
Un “proyecto educativo”  
Una palabra llena de pánico: el cólera  
Una plaga antigua: los sordomudos  
Un banco para dormir  
Los que continuarán su obra  
Siete años de penas  
La cruz en el cajón  
Servicio militar: ocho años de uniforme  
Una triste noticia  
El año más feliz  
El día del nacimiento  
1848 se asoma al horizonte de la historia  
146 días de libertad  
La guerra engendra huérfanos  
El ciclón de las “diez jornadas”  
Viento y lluvia al amanecer  
Las campanas de Brescia  
Donde muere un Santo nace siempre algo grande